

Con la mente aún nublada por lo que acababa de pasar minutos antes, Aroa se dirigía de camino al instituto.

La fresca mañana otoñal de finales del mes de septiembre consiguió sacarla de sus pensamientos y relajarla para el examen de mates que tendría a primera hora.

Siempre terminaba saliendo, todas las mañanas, antes de hora por culpa de cierto sujeto odioso y perverso pero agradecía tener que caminar en medio de una temprana mañana fresca y tranquila, quizás los únicos momentos del día en que podía relajarse.

Los inicios de su nuevo curso tampoco es que hubiesen sido muy esperanzadores. Sonia, su amiga de la infancia y mejor amiga, se había transferido a un instituto de Madrid ya que a su padre le habían ascendido y debía trabajar allí. Manu, su amor platónico, le había confesado este verano que era gay y que había encontrado a su media naranja. Las gemelas, Tania y Tamara, este curso iban a su misma clase y cuando a ellas les caía mal alguien por su forma de vestir, de hablar, de mirarlas o simplemente por respirar ya podías considerarte cadáver; eran peor que Satanás. Aroa se juntaba con Marta y Sandra, amigas desde secundaria y que desde 3º las habían puesto en el mismo grupo.

En mayor o menor medida, se relacionaba con todo el mundo excepto con las gemelas. Las había evitado desde el primer día como todos los del instituto en su sano juicio para no meter la pata y ser la próxima víctima de dos diablos adolescentes con malas ideas, peores pensamientos y perversas fechorías. ¡Eran el terror del instituto aunque para los profesores eran unas santas! Su doble personalidad hacía enloquecer a su maltrecha víctima. Pero como cada día, se proponía evitarlas y asistir a clase como de costumbre. Y eso fue lo que hizo.

Nada más llegar al instituto se sentó en uno de los bancos situados alrededor de la cancha de baloncesto, sacó su libro de mates esperando a que la gente acudiese y los profesores abrieran las aulas.

Al cabo de un cuarto de hora, los chavales empezaron a llegar y Aroa permaneció en el banco esperando a Marta y Sandra. Sin embargo, y para su sorpresa, J.M. se le acercó sin previo aviso.

- Buenos días –saludó el chico, haciendo que Aroa despagara la cara del libro de mates.  
- Ah. Buenas –respondió cortante sin entender la situación.

¿Qué se suponía que hacía ÉL justamente AHÍ? ¿¡Enfrente de ELLA!? No cualquier otro chico, ¡sino él! ¿Qué tenía un psicópata detrás con un cuchillo afilado que se disponía a usarlo y había ido a avisarle? ¿O es que la profe M<sup>a</sup> Carmen les había puesto el mismo día el examen de mates y venía a ver que podía sonsacarle, y claro siendo tan mena sucumbiría a sus encantos y no le negaría nada? ¿Quizás es que quería acercarse a alguna de sus amigas y trataba de utilizarla? No, esto último era lo menos creíble porque con que el chico dijese “Ven” ya tenía a medio sector femenino del insti a sus pies.

J.M., como se hacía llamar, era un chico de la clase de al lado de su mismo curso. Era

## Viviendo con el enemigo

De Laura del Espino López Delgado

rubio oscuro de ojazos color miel, alto y de piel morena con un piercing en el labio inferior que le daba más puntos en la categoría de tío buenorro. Sin contar que jugaba en el equipo de fútbol juvenil de la ciudad.

- ¿Tienes un minuto?

- Sí –respondió ella.

Aroa intuía lo que J.M. quería ya que el chico sólo tenía un motivo para prestar atención a una chica que no conocía teniendo tantas otras que iban detrás de él.

Sólo había un motivo y para Aroa era ¿suerte o desgracia?

- Tú dirás –le instó.

- Sal conmigo –J.M. no lo preguntó, lo exigió.